

February 2015

Número 167: 4.º Domingo después de Epifanía-1.º Domingo de Cuaresma

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2015) "Número 167: 4.º Domingo después de Epifanía-1.º Domingo de Cuaresma," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2015 : No. 167 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2015/iss167/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 167 – Febrero 2015**ISEDET**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Autor de este EEH: Amós López Rubio

Domingo 1º de febrero de 2015, Cuarto Domingo después de Epifanía (Verde)

Deuteronomio 18:15-20; Salmo 111; 1 Corintios 8:1-13; **Marcos 1:21-28**

Comentario al texto de Marcos

En la cultura greco-romana de aquella época, el mundo espiritual e invisible es comprendido como un espacio habitado por seres espirituales cuyas actividades inciden en la vida de los humanos. Un acto de sanidad o la expulsión de un espíritu inmundo son comprendidos como un acto donde las personas son liberadas de aquellas fuerzas espirituales que le dominaban y hacían imposible una vida plena. Se creía que las enfermedades y dolencias eran el resultado del pecado. Lo mismo se entendía de las personas poseídas por un demonio. En el orden simbólico de los judíos, la enfermedad se asocia también con la impureza ritual de modo que la persona enferma quedaba excluida de la comunidad de fe.

Tanto Mateo como Marcos, nos narran la sanación de un hombre sordomudo que era considerado, a la vez, un endemoniado. La señal de que el espíritu inmundo ha salido de él es que sus oídos escuchan y su lengua ha sido desatada y puede hablar. Recordemos también que cuando Jesús sana al endemoniado gadareno, cuya vida era similar a la de una bestia salvaje, Lucas nos dice que aquel hombre, al ser sanado, recuperó su sano juicio, estaba sentado, vestido y conversando con Jesús. Es decir, aquella enfermedad mental que hacía del pobre gadareno un ser irracional y violento, también es identificada con una posesión demoniaca.

Por esta razón, es comprensible que en aquel tiempo abundaran los curanderos y exorcistas, personas que tenían el don de sanar enfermos, o, lo que es lo mismo, de expulsar demonios. Sin embargo, lo que distingue a Jesús de estos otros curanderos y guías espirituales es que la obra de Jesús es una obra gratuita, él no cobra por sanar y expulsar demonios. Su obra estaba inspirada en el amor por la persona enferma y poseída, y en el compromiso con el pueblo humilde, sufriente y oprimido. Además, los actos de Jesús no tenían el propósito de glorificar su propia persona sino que estaban al servicio del anuncio del reinado de Dios que se hacía presente en la vida de las personas, un reinado que trae liberación, salud, bienestar, esperanza, posibilidad de vida.

Ese reinado de Dios es una buena noticia que trae salvación y salud, palabras que en el Nuevo Testamento tienen una misma raíz y se utilizan una en lugar de la otra. Salvación es sinónimo de salud y viceversa. Por eso, las acciones de Jesús son signos de misericordia y justicia, que buscan la liberación integral del ser humano y el restablecimiento a la vida social y religiosa de aquellos que han sido declarados enfermos e impuros.

Es importante notar que las sanidades y exorcismos que Jesús realiza están relacionadas con su autoridad, una autoridad que la gente no solamente reconoce y admira, sino que considera superior a la autoridad de los otros líderes religiosos, como los escribas y fariseos. En el pasaje que nos ocupa, Marcos nos relata la curación de un hombre poseído por un espíritu inmundo un día sábado y en la sinagoga. Esta es una escena común en los evangelios: Jesús sanando personas enfermas en el día sábado y en la sinagoga. Ya sabemos que esta conducta de Jesús comunicaba el sentido de su ministerio: “yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. Si las leyes religiosas prohibían sanar el día sábado, Jesús cuestiona esa

tradición y afirma que “el sábado se hizo para el ser humano y no el ser humano para el sábado”. Es decir, la tradición debe estar al servicio de la necesidad humana, y no al revés.

En este sentido, la curación de un ser humano en la sinagoga y en el día sábado puede ser entendida, más allá de una sanidad física, como la liberación de la carga que los líderes religiosos imponían sobre el pueblo, carga representada en un conjunto de leyes y normas que nadie podía cumplir y que tergiversaban el sentido y propósito de la Ley de Moisés. Los escribas y fariseos veían en aquel espíritu inmundo una fuerza adversa a la pureza religiosa y moral. Y no tardaron en identificar a Jesús como alguien también poseído por algún demonio porque las enseñanzas y prácticas de Jesús cuestionaban la autoridad y las doctrinas de ellos.

Por lo tanto, podríamos sugerir que cuando Jesús expulsa aquel espíritu inmundo de la sinagoga podría también estar expulsando a las leyes y normas que los líderes religiosos del momento imponían al pueblo. No es difícil pensar que para Jesús la sinagoga, como casa de reunión, oración y enseñanza religiosa para el pueblo, debía recuperar su sentido y volver a ser un espacio donde se proclama una palabra de vida y esperanza, y no de condena y exclusión.

Una actitud similar la podemos ver cuando Jesús expulsa a los mercaderes del templo de Jerusalén afirmando que aquel lugar santo, aquella “casa de oración” se había convertido en una cueva de ladrones. La expulsión de los mercaderes del templo es una especie de exorcismo, era necesario expulsar del templo aquellos espíritus inmundos que manipulaban la fe del pueblo y blasfemaban contra la pureza y la santidad del Dios de Israel.

Por tanto, la expulsión de un espíritu inmundo dentro de la sinagoga puede ser comprendida como la expulsión misma de la falsa religiosidad de escribas y fariseos. La pregunta del hombre poseído a Jesús: “¿Has venido a destruirnos?” se refiere también a todo el sistema religioso que Jesús ha venido a confrontar. La autoridad de Jesús se presenta como superior a la de los escribas y fariseos, porque estos no se preocupan por la vida del pueblo sino que imponen dogmas y cargas opresivas, y clasifican a las personas en puros e impuros. No olvidemos que para los escribas y fariseos los impuros y los inmundos son los otros. Difícilmente encontremos algún representante de la élite religiosa poseído por algún demonio.

Las enseñanzas y las leyes que provienen desde arriba, desde las cúpulas religiosas, económicas y políticas, caen sobre las espaldas del pueblo humilde y les impone una carga insostenible. Son estas leyes y normas las que poseen al ser humano, lo dominan y lo someten a vivir como un ser inferior, doblegado ante los poderosos, destituido de la gracia de Dios y apartado de sus seres queridos, condenado a la exclusión. Por tanto, el espíritu inmundo que es expulsado de la vida de aquel hombre en la sinagoga es una acción profética y liberadora de Jesús: simboliza la expulsión, el rechazo de aquella carga que los escribas y fariseos imponían sobre el pueblo. Simboliza la expulsión de las doctrinas, las enseñanzas, y con ellas, de la autoridad misma de aquellos poderes religiosos.

Reflexiones para la predicación

¿Dónde están hoy las personas que sufren enfermedad, exclusión, cuyas vidas están siendo destruidas? ¿Quiénes son aquellos y aquellas que no pueden disfrutar de una vida digna, que no reciben respeto ni son valoradas de acuerdo a las normas de nuestra sociedad, de nuestra moral o de nuestra religión? ¿Dónde están las personas que hoy no tienen la posibilidad de llevar adelante su propio proyecto de vida y tienen que ajustarse a los moldes que otros establecieron? Pero no basta con identificar donde está presente el dolor, el sufrimiento, la injusticia, la resignación y la falta de esperanza. Es preciso que también identifiquemos las causas y los responsables de estos males que hoy nos afectan como humanidad.

En la perspectiva del evangelio, la curación de un enfermo o de un endemoniado tenía una significación mucho más profunda que el acontecimiento en sí mismo. Aquel acto era la transformación de una situación de injusticia y muerte. Necesitamos una visión profunda y crítica para poder discernir la presencia de los poderes demoníacos más allá de las imágenes grotescas y terroríficas que nos vende el cine del entretenimiento. El mal está sutilmente instalado en relaciones humanas injustas y en las estructuras de poder que hoy deciden el rumbo de nuestro mundo. Estructuras económicas que enriquecen a unos pocos y empobrecen a millones, estructuras políticas verticalistas que impiden el ejercicio de la democracia y la

participación popular; estructuras religiosas que solo buscan el éxito y no el compromiso y el acompañamiento a las personas necesitadas.

Vivimos en un mundo enfermo pero tenemos los recursos y las posibilidades para sanar. El evangelio de Jesús nos ofrece la posibilidad de ser personas libres y sanas, pero para eso es necesario que seamos confrontados con nuestro propio pecado, con nuestros egoísmos, con nuestras ambiciones, con nuestra falta de amor y de compromiso. Es preciso despojarnos de aquello que poseemos y a lo cual nos aferramos porque a veces lo que poseemos nos posee, nos domina, nos esclaviza y nos destruye. El evangelio quiere liberar tanto al que posee como al que es poseído. El evangelio quiere sanar tanto al que provoca la enfermedad como a quien la sufre.

El mal está en nosotros, y no solamente a nuestro alrededor. Jesús nos enseña que lo que nos hace personas impuras no es lo que entra en nuestro cuerpo sino lo que sale de nuestro interior, de nuestro corazón. Es allí donde surgen los malos pensamientos y el deseo de poseer más de lo que realmente necesitamos. Es en nuestro corazón donde se generan las ambiciones, las desigualdades, las injusticias y la violencia. Y es de allí también de donde proviene la fuerza del amor, de la bondad, de la reconciliación, de la sanidad que necesitamos.

La libertad que Jesús nos ofrece significa identificar el mal que nos habita y tener el valor de expulsarlo de nuestra vida. Solo así podremos identificar al mal que está fuera de nosotros y luchar contra él. Jesús nos advierte en el evangelio: “¿Por qué te fijas en la paja que hay en el ojo de tu hermano y no te das cuenta del tronco que tienes en el tuyo?” Este reconocimiento sincero del mal que nos posee es el primer paso hacia una vida nueva, hacia la salvación y la liberación que el amor de Dios puede y quiere producir en nosotros.

Habiendo dado este primer paso estaríamos en condiciones de mirar atentamente a nuestro mundo y levantar nuestra voz para expulsar aquel espíritu inmundo del consumismo que domina a las personas y les hace creer que son inferiores e infelices si no pueden adquirir un determinado producto en el mercado; para expulsar aquel espíritu inmundo que domina los corazones de los señores de la guerra y de quienes fabrican armamentos para destruir la vida; para expulsar aquel espíritu inmundo que promueve la violencia en los hogares, en las calles, en los medios de comunicación; para expulsar aquel espíritu que posee a los gobiernos y compañías que destruyen bosques y selvas para cultivar biocombustibles, es decir, alimentos para los autos en lugar de alimentos para las personas, ¿habrá alguna demencia más grande que esta?

Nuestro cuerpo necesita ser sanado. Nuestra sociedad necesita ser sanada. La iglesia de Jesucristo necesita ser sanada. La naturaleza necesita ser sanada. Es preciso seguir expulsando de nuestra vida aquellos espíritus inmundos que nos enferman, que nos deshumanizan, que nos destruyen, que nos alejan de nuestros hermanos y hermanas, que nos hacen sentirnos seres superiores y adueñarnos de lo que no nos corresponde.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 167 – Febrero 2015**ISEDET**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Autor de este EEH (material de archivo): René Krüger

Domingo 8 de febrero de 2015, Quinto Domingo después de Epifanía (Verde)

Sal 147:1-11; Is 40:21-31; 1 Co 9:16-23; **Mc 1:29-39**

Introducción

Los versículos anteriores habían presentado la actividad de Jesús como predicador con autoridad y como aquel que echa demonios. Ahora continúa su actividad curativa, cerrándose la unidad nuevamente con la indicación de la proclamación y la expulsión de demonios. El v. 27 emplea el término griego *exousía* para caracterizar el pleno poder de Jesús. El concepto incluye los significados de autoridad, derecho, libertad, habilidad, capacidad, poder sobrenatural, poder de gobierno, y también jurisdicción. Es un concepto clave con el que los evangelistas sintetizan la autoridad cualitativamente diferente y superior de Jesús frente a todas las demás autoridades – reales o presumidas – conocidas en la época.

El texto para esta predicación incluye tres unidades menores, pegadas una a continuación de la otra por una secuencia temporal. La casa de Simón en Capernaúm constituye la locación para una curación individual, luego vienen curaciones públicas frente a la casa, y finalmente Jesús se retira a un lugar apartado. Simón y sus compañeros como también las masas mantienen a Jesús en constante movimiento, desde el sábado pasando por la noche hasta la mañana siguiente. En el contexto mayor, la actividad comienza con una predicación en la sinagoga de Capernaúm y concluye con la predicación y la expulsión de demonios en las sinagogas de toda Galilea.

A nivel redaccional, Mc 1,29-39, como parte del complejo formado por los vs. 16-39, suministra el contexto para el inicio del ministerio público de Jesús (1,21) y es una ilustración del ministerio de sanación (29-31). La asociación con la casa de Simón se vincula a su vez con el llamado de los primeros cuatro discípulos (Mc 1,16-20).

Repaso del texto

V. 29: La tradición ha identificado una casa en el poblado de Capernaúm (aldea de 800 x 250 m) como el hogar de Pedro. Esta línea de tradiciones se remonta a los primeros siglos. En algún momento (quizá en la primera parte del siglo IV) se construyó sobre los cimientos de esa casa del siglo I un edificio cristiano para reuniones; y más tarde (quizá a mediados del siglo V) se levantó allí una iglesia o basílica en forma de doble octágono, cuyos cimientos y partes de paredes han sido excavados y reconstruidos por los arqueólogos, particularmente por la entidad franciscana *Custodia de la Tierra Santa* bajo la dirección de V. Corbo, a partir de 1968. La excavación de la sinagoga que se halla en el lugar ya había comenzado en 1905 por los arqueólogos Kohl y Watzinger. Se discute la datación de su construcción, que oscila entre finales del siglo II hasta el siglo IV.

V. 30: El relato corresponde a la comprensión de la antigüedad de que la fiebre era una enfermedad antes que un síntoma de alguna enfermedad. La comparación sinóptica evidencia que en Lc la descripción de la curación toma los colores de una especie de exorcismo: Jesús conmina u orden a la fiebre. Con ello Lucas adapta la historia a los relatos que vienen antes y después.

No se tematiza el hecho de que la curación se realizara esa misma tarde del sábado, luego del servicio sinagoga. Marcos presentará algo más adelante, en el cap. 2, las discusiones sobre actividades en sábado. En este contexto es interesante la nota de Mc 1,32, al referirse a las curaciones de las multitudes: éstas tuvieron lugar *cuando llegó la noche, luego que el sol se puso* – es decir, ya fuera del sábado.

V. 31: El gesto de *tomar de la mano y levantar* a la persona enferma era un rasgo típico de los relatos de curaciones de la época. El contacto somático – notoriamente a través de las manos – es expresión de varias cosas. Por una parte, evidencia la plena dedicación de Jesús a la persona enferma. En un contexto marcado por ideales de pureza religiosa y el consiguiente miedo al contacto con lo impuro – definido de varias maneras –, el gesto de Jesús contribuye a la superación de barreras y tabúes, y suministra una primera dignidad a la persona enferma. Esto es una constante de su ministerio, como lo indica particularmente el evangelista Marcos. Asimismo, el contacto físico era concebido como medio para hacer fluir la fuerza reparadora a la persona debilitada. Finalmente suministra una descripción del efecto visible de la curación. La expresión *la levantó* pertenece a las fórmulas de las historias de curación, estando muchas veces en imperativo.

Les servía tiene el sentido concreto de *les servía una cena*. Aquí tiene además el significado de una demostración “reforzada” de la curación y de una acción de gratitud.

El relato es la historia de curación más breve de los evangelios. La sencillez e inmediatez de este texto lo evidencia como una de las unidades más antiguas de la transmisión evangélica, anclada en la experiencia misma de Pedro. Esto vale para el evangelio de Marcos, pues en los otros evangelios se notan diversos retoques redaccionales.

Vs. 32-33: La curación de la suegra de Pedro es el antecompás para una expectativa generalizada de todos los enfermos y endemoniados de la pequeña villa (nuestro uso actual de “ciudad” sería algo exagerado para un poblado como Capernaúm en el primer siglo). Es interesante notar que el verbo *traer* o *llevar* está en imperfecto, literalmente *llevaban*, denotando deliberadamente la repetición de la acción. La fórmula *todos los enfermos* tiene un significado hiperbólico, como muchas veces en Mc, al igual que *toda la ciudad*.

V. 34: La expresión *muchos* no implica parcialidad o selección de “dignos” de sanación, sino que constituye una manera semítica de decir *todos*. (La sangre del nuevo pacto es derramada por *muchos*, queriéndose indicar *todos*, Mc 14,24). No hay, pues, tensión entre los *todos* del v. 32 y los *muchos* del v. 34.

La prohibición de hablar impuesta a los demonios pertenece al vasto complejo conocido en la exégesis como “secreto mesiánico”. Mucho se ha discutido sobre la correcta interpretación de este complejo, desde el exégeta alemán Wrede hasta las interpretaciones más recientes que relacionan esta prohibición con el riesgo de Jesús de ser declarado públicamente como mesías en un momento en que apenas iniciaba su misión, con la consiguiente amenaza de medidas represivas inmediatas por parte del imperio romano. Dado que en el texto bajo estudio el secreto mesiánico no es un motivo central, no es necesario profundizar aquí su interpretación como motivo redaccional que sirve para trabajar la identidad de Jesús.

Todo el v. 34 tiene carácter de resumen o síntesis de las actividades curativas de Jesús. Contrastando en cierta manera con la ubicación privada de la curación de la suegra de Pedro, el informe sumarial de los vs. 33-34 coloca la actuación múltiple de Jesús en un contexto público. La formulación presupone que la multitud conoce muy bien la capacidad de Jesús de ayudar a los enfermos y poseídos.

V. 35: El relato cambia de escena, tiempo, lugar y tema. Aparece por primera vez la oración de Jesús, por cierto una constante estructurante de todo su ministerio (desarrollada con más menciones por Lucas). Jesús, ya famoso por su predicación y su poder curador, sabe que necesita aquella fuerza que sólo surge de la oración. No se aprovecha de su popularidad. Prefiere “desaparecer” silenciosamente a un lugar solitario para hablar con su Padre. El empleo del imperfecto *oraba* denota acción duradera.

Vs. 36-37: Los discípulos por lo visto estiman que este “fugarse” es un error – ¿quién desperdiciaría la gran oportunidad de aumentar la fama ganada? La urgencia de su planteo se expresa también mediante la forma compuesta del verbo *buscar*, en griego *katadiôkô*, único empleo de este verbo en el NT. La hipérbole *todos te buscan* retoma las hipérbolés anteriores.

Puede preguntarse por qué Jesús habría sanado a la gente la noche anterior y ahora rechaza su interés en encontrarlo. Algo similar aparece en la siguiente perícopa (Mc 1,40-45). Del contexto general del evangelio entero se desprende que la respuesta no radica en alguna supuesta aversión a curar enfermos o endemoniados, sino en lo que la gente y los discípulos buscan en Jesús a raíz de los milagros. No es la única vez en que los esquemas de los discípulos – y sobre todo de Simón Pedro – se evidencian como totalmente “humanos” en el sentido calculador, con fines de éxito y fama. La reiterada inclusión de esta confrontación entre la estructura de pensamiento y acción propuesta por los discípulos y la actitud de Jesús evidencia que esta problemática es un hilo conductor a lo largo de los textos evangélicos. Empleando una terminología teológica muy posterior, pero enteramente basada en los textos neotestamentarios, podemos decir que aquí aparece la constante confrontación entre la teología de la gloria y la teología de la cruz.

V. 38: En cierta manera, la respuesta de Jesús va de contramano al planteo de los discípulos, pues encamina a éstos a los lugares vecinos y no al escenario de éxito reciente – Capernaúm; pero también parece oponerse a su propio deseo de ir a orar a un lugar desierto. Pero ambas dimensiones se vinculan entre sí. Jesús evita bañarse en la fama – por eso va a orar a solas como también a predicar a otro lado. Al mismo tiempo, Jesús aprovecha la ocasión para presentar una síntesis de su misión.

Marcos denota un interés especial en el verbo *predicar* (en griego *kêrrússô*). Es el evangelista que más veces lo emplea, sintetizando la misión misma de Jesús con este verbo (Mc 1,14). Lo más curioso – si es que cabe este epíteto – es que hay una sola presentación del contenido de la predicación, y es la de Mc 1,14-15, que tiene función de protocolo de lectura para todo el evangelio: *Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.* En Mc 6,12 hay una explicación sumamente sintética del contenido de la predicación de los discípulos, que se encamina en la misma línea: *predicaban que los hombres se arrepintiesen.* Ahora bien, la constante referencia a las curaciones y la expulsión de demonios vincula la predicación y la misión misma de Jesús con la dimensión escatológica: son señales de la presencia definitiva de Dios y del juicio sobre todas las limitaciones de la vida, obradas por Dios a través de su Mesías. Jesús realiza su servicio claramente como Aquel en el cual obra Dios, y es él quien instaaura el nuevo tiempo de salvación (cf. Mc 3,22-27). Pero por de pronto sólo los demonios lo reconocen como Aquel que él es en realidad. ¿Se hallará aquí una clave para comprender el “secreto mesiánico”: mientras la gente sólo busque al taumaturgo, no habrá revelación explícita de la mesianidad?

La redacción establece un sutil juego terminológico pasando del *salió* (lugar geográfico) del v. 35 (en griego *exêlthen*) al *vine* (*exêlton*) (misión específica).

V. 39: El último versículo muestra la puesta en práctica del planteo de Jesús: efectivamente va y realiza lo que considera que es su misión. Nuevamente estamos ante un sumario.

Breve reflexión teológica

Como todos los textos bíblicos, también éste está lleno de contenidos; y quien está preparando un sermón sobre estos versículos forzosamente deberá de optar por uno de esos contenidos. Veamos algunos de ellos, no como orden secuencial, sino como mera enumeración.

1. El texto vive de múltiples relaciones mutuas. En ninguna parte hay un movimiento unidireccional: todas las personas intervinientes siempre dependen unas de otras, tanto en lo que se refiere a sus expectativas como a sus actitudes y acciones.

Jesús toma en serio las necesidades de las personas; y aquí cabe hacer una fina distinción entre necesidades reales – en este caso, las enfermedades como su necesidad de recibir el

mensaje de su predicación –, y aquellas que según Jesús no corresponde satisfacer de la manera que la gente espera – en este caso, la creación o coronación de un mesías “a gusto y placer del consumidor”.

2. El texto anuncia la confrontación entre la teología de la gloria y la teología de la cruz. Jesús rehúsa ser un “curandero religioso”, un célebre taumaturgo (así se llamaba en la antigüedad la persona que obraba hechos admirables, milagrosos o mágicos), un mero objeto de adoración por ciertas cosas fantásticas que lograba. Su misión era integral. Él quería construir relaciones duraderas con las personas tocadas por su mensaje y sanadas por su poder. Un taumaturgo no es un salvador, ya que no crea relaciones nuevas ni transformaciones duraderas en las personas que sólo quedan fascinadas y encandiladas por un tiempo por un efecto mágico.

3. En cuanto al echar fuera los demonios, reiteramos aquí una síntesis de lo expuesto por Ricardo Pietrantonio en el EEH correspondiente al 29 de enero de 2006 en su análisis de Mc 1,21-28: en los textos bíblicos, el echar espíritus malignos no es ningún rito de magia, como en diversas religiones que emplean encantamientos y fórmulas especiales para ello. Es la presentación del evangelio de Jesús a la persona afectada.

El esquema de “poseído – expulsión de demonios” es empleado profusamente por diversas Iglesias y predicadores “poderosos”. No nos interesa el efecto publicitario que tienen ciertos eventos masivos en los que se ofrecen verdaderos espectáculos de esta índole. Lo que nos debe interesar es entender y denunciar cómo actúan hoy los espíritus inmundos actuales, las fuerzas demoníacas, el enemigo de Dios; entender y denunciar cómo destruyen la vida a nivel personal, familiar, espiritual, social, económico y ecológico; entender y denunciar desde dónde y cómo ejercen su perversa acción sobre las personas y grandes sectores de la población. No resulta nada fácil este discernimiento, si se quiere evitar caer en simplificaciones y “demonizaciones” baratas; y tampoco es fácil la denuncia de estas “posesiones” y menos aún la construcción de espacios de contención, sanación y resistencia con las personas afectadas. Bien puede decirse que la formulación *echar fuera los demonios* es muy abarcativa, ya que juntamente con la curación de la dimensión física implica la curación de la vida psíquica y espiritual de los seres humanos; y la formación de comunidad alternativa de contención.

Rumbo a la predicación

Hay pueblos, países y culturas que tienen una alta conciencia del valor de su patrimonio histórico y cultural. Invierten muchísimo esfuerzo, sumas siderales y verdadera pasión en el rescate, la restauración y la conservación de los testimonios de su pasado: pinturas, edificios, esculturas, obras literarias y musicales, objetos.

Sin negar el valor del patrimonio histórico y cultural de toda la humanidad, llama la atención que se tome tan a la ligera el rescate, la restauración y la conservación de tantas personas, hijas e hijos de Dios en este mundo.

El texto nos propone la restauración de la integridad de la vida. A partir de este planteo, se puede desarrollar el mensaje sobre cualquiera de los tres contenidos teológicos indicados, como también sobre otros más contenidos en el texto. A modo de ejemplo, algunas líneas sobre el primer foco.

1. Jesús toma en cuenta las necesidades de las personas. ¿Cuáles son nuestras necesidades? ¿Cuáles confiamos a Jesús? ¿Qué experiencias de ayudas concretas podemos compartir?

2. Jesús sabe distinguir entre necesidades reales y aquellas que no nos hacen crecer. Esto no se refiere a ninguna división entre lo “espiritual” y lo “material”, sino al rechazo de la creación de un “mesías” diseñado según exclusivas expectativas humanas. ¿Cómo sería ese mesías hoy?

3. Jesús establece nuevas relaciones, no según nuestro gusto y placer, sino de acuerdo a lo que él entiende es su misión. Para llevarla a cabo, invita a sus seguidores y seguidoras a que colaboren con él. ¿Nos dejamos invitar? ¿A qué concretamente?

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 167 – Febrero 2015

ISEDET

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Autor de este EEH: Amós López Rubio

Domingo 15 de febrero de 2015, Sexto Domingo después de Epifanía (Verde)

2 Reyes 5:1-14; Salmo 30; 1 Corintios 9:24-27; **Marcos 1:40-45**

Comentario al texto de Marcos con sugerencias homiléticas

El texto del evangelio nos cuenta una historia de sanidad, pero una sanidad que alcanza la totalidad de la vida. A través de esta historia se nos presenta, a la vez, la esencia del anuncio del evangelio del reino de Dios.

Verso 40. Un hombre enfermo de lepra se acercó a Jesús y poniéndose de rodillas le dijo: Si quieres, puedes limpiarme de mi enfermedad.

Los textos bíblicos describen la lepra como emblanquecimiento y deterioro de la piel, lo cual se corresponde con lo que hoy conocemos como soriasis. Desde el punto de vista médico, en la Biblia se torna más confuso el concepto sobre la enfermedad de la lepra, por cuanto el término hebreo *tsará'ath*, que se traduce como "lepra", significa igualmente castigo de Dios. Por otra parte, con esta palabra hebrea se designan diversas manchas de moho, o manchas en las paredes de las habitaciones. Cualquiera que sea el caso, lo importante es comprender que en el pensamiento bíblico la lepra es la figura por excelencia para referirse a los efectos del pecado y es la prueba objetiva del mal.

De acuerdo a la Ley de Moisés, la lepra hacía impura a la persona que la padeciese. La Ley era severa con estos casos, la persona enferma debía abandonar la comunidad y aislarse hasta quedar sana de la lepra, si esto no ocurría, era condenada a la exclusión social de por vida. En nuestro pasaje, el hombre enfermo, de manera respetuosa, apela a la voluntad y el deseo de Jesús, "si quieres, puedes limpiarme". No hay imposición, Jesús tomará una decisión movido por su propia voluntad.

La toma de decisiones es un acto que resulta de la soberana voluntad de las personas, sin embargo en nuestros tiempos muchas veces se nos obliga a decidir, se nos obliga a actuar. Y cuando se nos pide algo, rara vez se nos pregunta si queremos hacerlo, por lo general se nos exige que hagamos las cosas como si estuviésemos sometidos a una permanente obligación, a un supuesto deber incuestionable. Esta manera de convocar a las personas, de hacer participar a las personas, al final resulta un ideal fracasado. Es necesario que por nuestra libre voluntad y teniendo en cuenta las necesidades del momento, tomemos decisiones y nos involucremos en un determinado proyecto.

Pero una vez que hayamos decidido por nuestra libre voluntad, debemos ser fieles a ese compromiso. Contraer compromisos y después abandonarlos es tan indeseable como actuar por imposición. Precisamente, la libre participación y la responsabilidad en la toma de decisiones es una visión educativa muy necesaria en la vida de nuestras iglesias, más allá de los modelos de gobierno que cada una encarne. Lo importante es construir en comunidad un modelo de iglesia que promueva la participación de manera voluntaria y comprometida en ese proceso permanente de renovación de la iglesia. Si nuestra conducta es dejar que otros decidan, que otros hagan; hacer silencio cuando nuestras palabras pueden ayudar, ofrecer una excusa cuando se nos necesita para una tarea, entonces no estamos actuando de acuerdo a nuestros principios como cristianos. Violamos el compromiso que hicimos un día con Jesucristo, con su iglesia y su reino.

Versos 41-42. Jesús tuvo compasión de él, lo tocó con la mano y dijo: Quiero. ¡Queda limpio! Al momento se le quitó la lepra al enfermo y quedó limpio.

Jesús, movido por la compasión, toca al leproso y se compromete con él. Afirma que sí, que quiere ayudarlo y realiza la sanidad. Jesús sabe que está violando la Ley al tocar a una persona impura, haciéndose él mismo impuro, pero la compasión por el enfermo, su deseo de liberarlo de aquella carga, es más fuerte que la Ley desprovista de compasión, una Ley ciega ante las necesidades humanas. En esta obra sanadora, compasión y justicia van de la mano. No basta identificarse con el dolor ajeno, hay que hacer algo para aliviar ese dolor. Y si aliviar ese dolor significa contradecir y enfrentar lo establecido por la cultura y la sociedad, nuestras acciones estarán más cerca del evangelio de Jesús.

Es la compasión, la misericordia, el amor por las personas lo que debe estremecer el corazón, las manos y los pies de la iglesia, no el miedo a incumplir lo que dice una ley escrita. Somos seguidores y seguidoras de un hombre que dio su vida por actuar con misericordia ante las necesidades de su tiempo, por incumplir leyes que no encaraban las injusticias y las opresiones, como la exclusión de las personas leprosas, condenadas a una especie de muerte lenta y silenciosa. Compasión y liberación son las coordenadas del reino de Dios. Misericordia y justicia son los atributos esenciales del evangelio de Jesús. Todo lo demás está de más en el reino de Dios. Todo nuestro egoísmo, nuestros prejuicios, nuestras ambiciones, nuestras leyes y tradiciones deben someterse al juicio que trae el evangelio de Cristo. “Misericordia quiero y no animales sacrificados” dijo el profeta Miqueas; “La Ley se resume en esto: amarás a Dios y amarás a tu prójimo”, dijo Jesús.

Es bueno que la iglesia hoy también diga: ¡Sí, quiero, queda limpio! Quiero que mi vida quede limpia, quiero que la iglesia quede limpia, quiero que la sociedad quede limpia, quiero que la creación quede limpia. Pero para poder limpiar, para poder sanar, para poder restaurar, hay que sentir compasión y aceptar el reto de la liberación. La sola compasión, sin justicia, no produce cambios profundos, se queda en la limosna, en la ayuda pasajera, no enfrenta el origen de las injusticias, del sufrimiento. La sola justicia, sin compasión, es un programa social y político a cumplir, carente de espiritualidad, de sensibilidad, de respeto y atención por las necesidades, creencias y aspiraciones de las personas. La compasión va acompañada de la justicia. La justicia compasiva es plenitud de vida. De esto habla el salmista cuando dice: “El amor y la verdad se darán cita, la paz y la justicia se besarán”.

Precisamente hoy, 15 de febrero, se cumplen 49 años de la muerte del sacerdote colombiano Camilo Torres Restrepo, mártir de la iglesia en América Latina, hombre de agudo pensamiento y comprometido con las luchas por la libertad y los derechos del pueblo colombiano. En uno de sus mensajes a los cristianos en Colombia, Camilo Torres afirma: “no nos pongamos a discutir si el alma es mortal o es inmortal, sino pensemos que el hambre sí es mortal y derrotemos el hambre para tener la capacidad y la posibilidad después de discutir la mortalidad o la inmortalidad del alma”. Es decir, el anuncio del evangelio no es una discusión intelectual sobre las doctrinas de la fe, sino que va directo a las necesidades y angustias humanas, buscando la plenitud de la vida.

Verso 43-44. Jesús lo despidió enseguida, y le recomendó mucho: Mira, no se lo digas a nadie, solamente ve y preséntate al sacerdote, y lleva, por tu purificación, la ofrenda que ordenó Moisés, para que conste ante los sacerdotes.

Mucho se puede especular sobre los motivos por los cuales Jesús le pide al hombre sanado que no comente lo sucedido con nadie. Resulta interesante que Jesús tuvo la misma conducta con todas las personas que eran sanadas. Creo que es importante comprender esta actitud de Jesús en el contexto de su vida y ministerio. Jesús es aquel que anuncia el reino de Dios y su justicia, no se predica a sí mismo sino que proclama la buena noticia del amor y la misericordia. Jesús no quiere llamar la atención sobre aquel que obra la sanidad, su interés es que las personas mediten en la realidad profunda del reinado de Dios, en todo lo que significaba la experiencia de haber recibido la sanidad, la liberación, la salvación. Jesús sabía que tarde o temprano aquel hombre sanado compartiría su experiencia con los demás, pero eso no debía ocurrir de manera inmediata, sino que era necesario madurar, interiorizar lo vivido, descubrir el

verdadero alcance del amor de Dios. Solo entonces aquel hombre estaría en condiciones de ser un verdadero predicador del evangelio.

Así mismo, en sus enseñanzas y su ejemplo, Jesús rechaza el reconocimiento público de sus acciones, rechaza la adulación, la publicidad, no quiere que la gente se quede atrapada en el milagro sino que pueda ver el para qué del milagro. Jesús prefiere la intimidad, la sinceridad del corazón y denuncia la conducta de aquellos que se preocupaban por su fachada religiosa, de aquellos que se vanagloriaban de sus buenas obras. Después de pedir discreción, Jesús le recuerda al hombre sanado que debe presentar su ofrenda de purificación ante los sacerdotes, era la única manera en que aquel hombre podía ser reconocido como alguien puro, limpio; era el salvoconducto para su regreso a la sociedad.

Vivimos en la era de las comunicaciones. Una de las frases emblemáticas de estos años es esta: "Una imagen dice más que mil palabras". Se nos hace muy difícil imitar la discreción de Jesús. El mensaje cristiano se encuentra plasmado en libros, revistas, programas de radio y televisión, en películas, en sitios de internet. Qué bueno y qué útil resulta aprovechar los recursos de los medios de comunicación para colocarlos al servicio de la comunicación del evangelio. Pero colocar el evangelio al servicio de los medios de comunicación, de las leyes del mercado, de intereses privados y ganancias económicas es una blasfemia, una traición al mensaje de Cristo.

Algo similar ocurre cuando en vez de predicar el reinado de Dios que nos llama a vivir consecuentemente la compasión y la justicia, nos afanamos por ser una iglesia complaciente, que le caiga bien a todo el mundo, cuidando nuestra imagen ante la sociedad y las autoridades; cuando ensalzamos la figura de algún líder religioso, cuando mostramos nuestro orgullo por tener un templo suntuoso e imponente, o cuando nos preocupamos solamente por los números: cuántos vienen al templo, cuántos se bautizan, cuántos dan las ofrendas. Todo esto, entre otras conductas, hacen que la iglesia pierda de vista su misión y razón de ser.

Verso 45. Pero el hombre se fue y comenzó a contar a todos lo que había pasado.

La reacción del hombre sanado era inevitable. A pesar de la petición de Jesús, él no podía esperar para compartir su alegría. Había ocurrido el gran milagro de su vida y era imposible guardar el secreto. La fama de Jesús se extendía por la región y muchas personas enfermas acudían a él para ser sanadas. Una vez más se repite la historia de la salvación. La salvación que Jesús trae es una liberación integral del ser humano. No solo afecta lo físico sino toda la vida, con todas sus dimensiones. Una vez limpio de su lepra, aquel hombre recuperó su dignidad, su autoestima, su lugar en la sociedad, sus aspiraciones.

Esa es la salvación que Jesús nos trae. Es una salvación que transforma nuestra vida, trayendo perdón, reconciliación, sanidad, nuevos horizontes, nuevas posibilidades. Y cuando este encuentro con Jesús ocurre en nuestra vida, es imposible callar, sentimos la necesidad de contarlo, de compartirlo. Por esa razón, estamos todos y todas aquí participando de la vida de esta comunidad cristiana, porque otras personas sanadas y liberadas por el amor de Dios no se callaron y contaron su experiencia. Ningún mensaje construido a través de los medios de comunicación es ni será tan contundente y eficaz como el testimonio personal de nuestra fe en Cristo. Es en medio de la comunidad de fe que podemos experimentar el verdadero alcance de la salvación, del mensaje del evangelio, del amor de Dios.

Creo que este pasaje de Marcos nos ha brindado algunos elementos a tener en cuenta en nuestra tarea evangelizadora. Primero, la buena noticia del reino de Dios debe ser predicada sin imposición, respetando siempre la voluntad de las personas. Es la única manera en que el evangelio podrá ser acogido como buena noticia. Segundo, la mejor manera de proclamar el reinado de Dios es a través de la práctica de la compasión y de la justicia. Entonces sobrarán las palabras y las imágenes, no será necesaria la publicidad, sólo quedará el servicio, el acompañamiento, la lucha por la vida. Tercero, la práctica de la compasión y la justicia deben afectar la totalidad de la vida. Ya no es posible dividir al ser humano en espíritu y materia, hay que transformar nuestra comprensión del ser humano para poder transformar nuestra manera de servirle. El evangelio es para la totalidad de la vida, para una vida digna, para una vida plena.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 167 – Febrero 2015**ISEDET**

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Autor de este EEH: Álvaro Michelin Salomon

Domingo 15 de febrero de 2015, Último Domingo después de Epifanía (Blanco)

2 Reyes 5:1-14; Salmo 30; 1 Corintios 9:24-27; **Marcos 1:40-45**

Comparación entre los relatos de 2 Reyes 5:1-14 y Marcos 1:40-45

Los cuatro textos de este domingo ya fueron comentados en la serie de EEH. Aquí expondremos una sintética comparación entre dos relatos de curaciones: el del general sirio Naamán y el de un leproso de nombre desconocido. El relato sobre Naamán aparece sólo en 2 Reyes, mientras que la curación del leproso de Mc 1:40-45 también se encuentra en Mt 8:1-4 y Lc 5:12-16.

- a) *Las personas enfermas*: un general sirio y un leproso desconocido, supuestamente pobre y marginado.
- b) *Nacionalidades*: un militar sirio muy valiente y de gran prestigio ante su rey; la esposa de Naamán tenía una joven criada y sirvienta israelita. El leproso de Mc 1 es un israelita de Galilea.
- c) *Contexto histórico de referencia inmediata*: el Siglo IX a.C. con el país vecino de Siria como un potencial enemigo de Israel; el Siglo I d.C. con Israel ocupado militarmente por el Imperio Romano.
- d) *Condición social de los protagonistas*: Naamán es un importante jefe militar de Siria; bajo su mando tenía acompañantes que le servían (2 Reyes 5:13). Eliseo es un profeta israelita que ya era conocido en Samaria y en otras regiones. La criada de la esposa del general sirio era en esa casa una extranjera, sirvienta y creyente en el Dios de Israel. Eliseo tenía un criado y sirviente de nombre Giezi (2 Reyes 5:20ss). El leproso que se acerca a Jesús es una persona del pueblo. Jesús es un predicador del Reino de Dios que busca discípulos entre unos pescadores de Galilea (Mc 1:16-20), entra en una sinagoga y se pone a enseñar (Mc 1:21-28), sana a la suegra de Simón (Mc 1:29-31) y sana también a muchas personas enfermas del cuerpo y la mente (Mc 1:32-34).
- e) *Contexto religioso*: Naamán no era un israelita pero aceptaba al Dios de Israel como divinidad de ese pueblo; después de su curación Naamán proclama una brevísima confesión de fe (2 Reyes 5:15) y luego se disculpa ante Eliseo porque deberá seguir adorando a su dios arameo en el templo de Rimón; con todo, Naamán le solicita a Eliseo un poco de tierra israelita para llevarse a Siria y así ofrecer holocaustos a Yavé sobre tierra santa (2 Reyes 5:17-18). La criada y sirvienta de la esposa de Naamán era israelita y sabía de la existencia del profeta Eliseo. Eliseo aparecerá en escena imponiendo su autoridad profética ante el general sirio. El leproso de Mc 1 llega a Jesús expresando su plena confianza en el poder sanador de Él. Jesús recientemente había comenzado su ministerio de predicación y sanidad.
- f) *Relaciones interpersonales*: la joven israelita y su patrona siria; el general sirio y su rey; el rey sirio y el rey israelita; el rey de Israel y el profeta Eliseo; Naamán frente a la casa de Eliseo y éste que envía un mensajero a recibirlo; Naamán y sus acompañantes; Naamán que, después de lavarse en el Jordán, regresa para agradecer personalmente a Eliseo. (El relato continúa con el incidente protagonizado por Giezi, criado de Eliseo, cuando va a encontrarse con Naamán para obtener una ganancia económica. El final de esta parte es dramático: Giezi se reencuentra con su patrón Eliseo, quien se enoja mucho por lo sucedido y Giezi queda

enfermo de lepra.). En Mc 1:40-45 se produce un encuentro bien personalizado entre un leproso y Jesús. Contraponiéndose a las costumbres de la época Jesús toca al leproso. Después de la curación Jesús le pide que se presente al sacerdote pero aquel hombre comienza a divulgar que Jesús lo había sanado.

g) *Condición económica*: Naamán le lleva una fortuna a Eliseo pero éste no la acepta. El leproso le lleva sus llagas a Jesús.

h) *Referencias personales*: la criada de la esposa de Naamán da testimonio sobre un profeta de Samaria; Naamán trae una carta del rey de Siria para el rey de Israel. El leproso se acerca a Jesús con un argumento: “*si quieres, puedes limpiarme*”.

i) *Acto de curación*: en el caso de Naamán, Eliseo manda a decirle que debe lavarse siete veces en el río Jordán; la sanidad viene por una orden a distancia de parte del profeta y mediante una acción deliberada que exige el traslado hasta el Jordán. En el caso del leproso con Jesús, “*Jesús tuvo compasión de él, así que extendió la mano, lo tocó y le dijo: --quiero. Ya has quedado limpio--.*” (Mc 1:41); la sanidad es instantánea y Jesús se basó en la confianza de su interlocutor y en la firme voluntad de curación. Aquí la acción viene de Jesús mismo (“*extendió la mano, lo tocó y le dijo...*”).

j) *Confesión de fe*: por parte de Naamán: “*...Ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel...*” (2 Reyes 5:15; cf. vv. 17-18). Por parte del leproso que se presentó a Jesús: “*una vez que aquel hombre se fue, dio a conocer ampliamente lo sucedido, y de tal manera lo divulgó que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ninguna ciudad...*” (Mc 1:45).

Líneas para la predicación

1) ENFERMEDAD Y TEOLOGÍA CRISTIANA: la consideración de las personas enfermas por parte de las iglesias puede ser muy diferente entre las denominaciones cristianas. En ello entra asimismo el lugar que la medicina y la psicología ocupan en cada ministro/a de la Palabra y sus hermanos/as en la fe. No es lo mismo considerar que la única y auténtica medicina viene por la Palabra de Dios y la fe de las personas enfermas, que entender que las enfermedades físicas, mentales, emocionales y espirituales son un gran complejo en el ser humano. Los/as cristianos/as no escapamos a esta realidad, por lo tanto la iglesia no debería dar respuestas fáciles a problemáticas difíciles. La *oración por la sanidad* no excluye los *tratamientos terapéuticos medicinales y psicológicos* que una persona puede necesitar, sea cristiana o no. Un relato aparentemente tan simple como el de Mc 1:40-45 esconde muchos aspectos que hoy consideramos desde la *medicina* y la *psicología*, como son:

- a) las enfermedades incurables;
- b) el deseo de sanación;
- c) la relación entre los pacientes y sus médicos o psicólogos;
- d) la acción terapéutica en sí;
- e) las recomendaciones hechas al enfermo o sanado o persona en tratamiento;
- f) la relación de los pacientes con su entorno social (familiares, vecinos, etc.).

2) ENFERMEDAD Y COMUNIDAD CRISTIANA: si tomáramos la narración de Mc 1:40-45 como una parábola acerca de la *iglesia, los enfermos y la sociedad*, podríamos imaginarnos varias respuestas eventuales de la iglesia en el lugar de Jesús y las siguientes posibilidades de relación y testimonio cristiano, a saber:

- a) Una persona enferma (del cuerpo, la mente o el alma) se acerca a la iglesia esperando encontrar sanidad, respuesta, comprensión y ayuda;
- b) La iglesia puede responder de tres maneras: teniendo compasión y aceptando ayudar a la persona solicitante de atención; negar la ayuda; o ser indiferente;
- c) Si la iglesia se abre favorablemente a la solicitud de la persona recién llegada le ofrece aquello que puede darle: sea una comida, algo de ropa, una conversación para conocerse,

la entrada en el templo para participar del culto o algunas referencias de centros de salud para un tratamiento profesional; la iglesia no debería prometerle aquello que no está en condiciones de ofrecer...

d) El hecho de compartir una conversación en privado con un agente pastoral (ministro de la Palabra o una persona laica preparada para ello) puede ser un importante paso para el conocimiento del Evangelio como vida buena, justa, solidaria y en amor para todos/as. Experimentar la cercanía de Dios es algo que puede ser aprendido y alguien tiene que anunciar ese mensaje.

e) El lugar que en el relato de Mc 1:40-45 ocupa la presentación del (ex) leproso ante el sacerdote en el mandato dado por Jesús corresponde a la Ley de Moisés, y ésta es asumida como la tradición normativa de Israel; el sacerdote viene a ser el heredero y custodio de dicha tradición, el profesional de la religión, la autoridad humana encargada de ajustarse a la reglamentación religiosa que rige, inclusive, para los enfermos. Que Jesús pida eso después de haber hecho una acción de sanidad es como decir hoy en día que la iglesia debe cumplir un ministerio de acercamiento a los enfermos, de compasión y sanidad de acuerdo a lo que la iglesia esté en condiciones de ofrecer, y que además debe contar con las instituciones y personas profesionales encargadas de las múltiples disciplinas médicas y psicológicas.

f) El testimonio público de la persona que fue sanada por Jesús teniendo una enfermedad incurable fue un factor multiplicador del reconocimiento a Jesús. Todos querían conocer a Jesús, acercarse a Él, estar con Él, compartir un rato experimentando la cercanía de Dios y la fuerza de sanación integral. Así también podría pasar algo similar con la iglesia: si ésta *recibe a los enfermos/as, los escucha, tiene compasión de ellos/as (se identifica con su situación), les 'extiende su mano' y les expresa su voluntad de orar y actuar a su favor anunciando y practicando el amor solidario de Jesús*, probablemente haya muchas personas más que quieran acudir a la iglesia buscando lo que otros ya han encontrado antes.

3) OBSERVACIÓN FINAL: la iglesia no es Jesús ni nos corresponde prometer la curación de enfermedades incurables. Habrá casos que sí podremos considerarlos *milagros de oración y sanidad* porque las ciencias no podrán explicar suficientemente bien el retroceso o la eliminación de los síntomas de la enfermedad; pero no siempre será así, por lo tanto debemos ser muy cautelosos en la relación con *nuestros* enfermos/as. Muchas veces nos tocará *extender la mano, tocar a personas enfermas y anunciarles la cercanía de Dios y el amor de Jesús*. Las respuestas de Dios a nuestras oraciones pueden ser bien diferentes de acuerdo a los casos, y seguramente habrá ocasiones en las cuales quedaremos tristes y desilusionados. Pero en todo ello se juega el buen nombre de la iglesia como comunidad de fe que sigue a Jesús, y es necesario reconocer nuestro lugar como humanos/as frente a las duras realidades de las enfermedades, el sufrimiento y la muerte. Es mucho más duro y anti-evangélico prometer algo que luego no se cumple, que expresarse con la mayor claridad, honestidad y humildad posible para permitir que actúen con libertad *la Palabra de Dios y su Espíritu*. Y la iglesia debe seguir sirviendo como *comunidad abierta, anfitriona, inclusiva y comprensiva*. Siendo así es muy seguro que alguien se encargará de avisar a otras personas que allí existe una comunidad que sigue a Jesús, en la cual vale la pena reunirse y gozarse.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 167 – Febrero 2015

ISEDET

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Autor de este EEH: Amós López Rubio

Domingo 22 de febrero de 2015, Primer Domingo de Cuaresma (Morado)

Génesis 9:8-17; Salmo 25:1-10; 1 Pedro 3:18-22; Marcos 1:9-15

Comentario al texto de Marcos

El texto de Marcos nos muestra los primeros momentos de esta experiencia en la vida de Jesús. Después de su bautismo es llevado por el Espíritu al desierto durante cuarenta días. Allí vivió entre los animales del campo, los ángeles le servían y resistió las tentaciones de Satanás. El desierto es el lugar de la prueba, es el lugar del encuentro: con Dios, con nosotros mismos, es un lugar propicio para conocer el bien y el mal, y tomar decisiones sobre el rumbo de nuestra vida. En el desierto muchas preocupaciones desaparecen y nos concentramos mejor en nuestra propia vida, escuchamos mejor nuestra voz interior, nuestro espíritu está más dispuesto para escuchar a Dios.

En el desierto también somos más vulnerables, estamos más expuestos a los peligros. El hambre, la sed, el calor del sol, la dificultad para caminar sobre la arena, el acecho de algún animal venenoso, la soledad, la sensación de abandono, todo esto hace del desierto un lugar difícil para la vida, pero a la vez decisivo. Los pensamientos, los recuerdos, las palabras, los rostros, todo se hace presente con mucha más fuerza y nitidez en el desierto. En el silencio del desierto, todo esto viene a nuestra mente y nuestro corazón como una lluvia que no termina. El desierto es un ambiente árido, hostil, cada paso debe ser bien meditado y hay que conservar las fuerzas. Los recursos son pocos, lo único que abunda es la arena, y el tiempo se hace infinito.

En este ambiente, Satanás se acerca a Jesús y le tienta de varias maneras: ataca su debilidad física, su hambre y le propone que convierta las piedras en pan, pero Jesús responde que tanto el pan como la Palabra de Dios son necesarios para vivir. Después, Satanás ataca la inteligencia de Jesús y le propone leer y aplicar las Escrituras de manera literal y apasionada: le propone lanzarse desde lo alto del templo porque las Escrituras dicen que Dios no te dejará tropezar, que cuidará tu vida, pero Jesús le advierte que las Escrituras también deben ser comprendidas desde la razón y la responsabilidad, y no solo con los ojos y el corazón. Finalmente, Satanás trata de corromper el propósito de la vida de Jesús y ataca su vocación, su identidad, su lealtad y le propone riquezas y poder, el dominio de todo el mundo. Pero ese no es el poder que Jesús busca, su deseo es ser fiel a Dios y servir al propósito para el cual ha sido llamado.

El desierto, sin embargo, no es solo el lugar de la dificultad, de la tentación, de la hora difícil donde se pone a prueba el material del que estamos hechos, la fuerza de nuestras convicciones y lealtades. El desierto es también un lugar donde experimentamos la presencia de Dios, su sostén y cuidado. Dice el texto que los ángeles servían a Jesús en el desierto. Es una imagen que habla de la cercanía y la preocupación de Dios. En el libro primero de los Reyes, se nos cuenta una experiencia parecida con Elías en su camino hacia el monte Horeb. Elías estaba huyendo de Jezabel, la mujer del rey Ajab, y se fue al desierto. Se acostó bajo una retama y se durmió, pero un ángel le dio de comer y de beber. Elías recuperó las fuerzas y caminó durante cuarenta días hasta llegar al monte Horeb donde tuvo un encuentro con Dios, un encuentro que trazó el camino que debía seguir el profeta para concretar la liberación que Dios traería sobre su pueblo.

El desierto es el lugar de la prueba y, a la vez, es el lugar donde Dios nos cuida. Pero también es el lugar donde podemos experimentar, de manera anticipada, la presencia del reinado de Dios. Dice Marcos que Jesús, al ser llevado al desierto por el Espíritu, estaba entre los animales del campo. Llama la atención esta superposición de ambientes, el desierto y el campo, porque si estamos en el desierto no podemos estar en el campo al mismo tiempo, y conviviendo con animales de una manera pacífica y armoniosa. Creo que este detalle en el texto nos quiere decir algo. La imagen del ser humano conviviendo armónicamente con los animales nos remite primeramente a los comienzos de la creación, al libro del Génesis en sus primeros capítulos, donde Adán convivía con los animales y a los cuales puso nombre.

Pero esta comparación de Jesús con Adán tiene un propósito en el evangelio de Marcos. Jesús es colocado en el lugar de Adán, al inicio de la historia de la humanidad. Y de la misma manera que Adán fue tentado en el jardín del Edén, Jesús es tentado en el desierto, con la diferencia de que Jesús logra vencer la tentación. Por eso, Jesús es el nuevo Adán, es el comienzo de una nueva humanidad que ahora enfrenta el mal y lo vence. Con su victoria sobre la prueba, Jesús nos ofrece un camino hacia la salvación, hacia nuestra propia victoria sobre las pruebas.

Marcos nos está diciendo que en Jesús se cumplen las profecías mesiánicas. Con Jesús se restablece el orden de paz y justicia que estaba al principio de la creación y que fue roto por la desobediencia humana. En Isaías encontramos la promesa de que con el mesías se restablecerá ese nuevo cielo y esa nueva tierra donde todos podremos vivir y convivir en respeto, amistad, armonía y amor. Nadie hará daño en el santo monte de Dios. Este monte es figura del mundo venidero, de la nueva creación.

En el libro del Génesis también encontramos la historia de Noé y del diluvio. Durante cuarenta días estuvo lloviendo sobre la tierra, todo ser vivo murió, solo aquellas personas y animales que entraron en el arca, sobrevivieron. Ellos serían los responsables de recomenzar la vida en una nueva creación purificada por las aguas. Al final del diluvio, Dios establece un pacto con Noé, su familia y los animales, un pacto con todo ser vivo. Un pacto de vida, una nueva oportunidad para comenzar y hacer realidad el proyecto de Dios para su creación.

Cuando Marcos nos dice que Jesús estaba en el desierto conviviendo con los animales del campo, está afirmando que en Jesús se cumplen todas estas promesas del Antiguo Testamento. Jesús es el mesías que trae la buena noticia del amor de Dios y que encarna en su propia vida, los nuevos tiempos donde todos los seres vivos puedan habitar y cohabitar en un mundo reconciliado, en un mundo de paz.

Después de este período de cuarenta días en el desierto, dice el evangelio que Jesús marchó a Galilea y proclamaba la buena noticia de Dios, llamando al arrepentimiento, a la conversión y a creer en aquel mensaje. Aquellos cuarenta días en el desierto, significaron para Jesús un tiempo necesario como preparación para cumplir con el propósito para el cual Dios le había enviado. Aquella etapa sirvió a Jesús para estar en comunión consigo mismo y con Dios, para verificar sus fortalezas y sus debilidades, para comprender la magnitud de lo que estaba por venir. El ministerio de Jesús sería una experiencia difícil, llena de tentaciones y conflictos, estaría luchando constantemente contra muchas adversidades, contra la presencia del mal y del pecado en sus más variadas manifestaciones. Su vida incluso correría peligro y llegaría a entregarla como consecuencia de su compromiso con el reinado de Dios.

Pero Jesús sabía que no estaría solo para llevar adelante su ministerio. La experiencia en el desierto también le confirmó que Dios estaría acompañándole y que el Espíritu de Dios estaría indicando el camino y alimentando en él la seguridad, la fuerza, la sabiduría, la integridad y la determinación necesarias para seguir adelante. Y, finalmente, Jesús sabía que su vida daría los frutos necesarios para que los nuevos cielos y la nueva tierra comenzaran a irrumpir ya en la historia, para que la justicia y la paz se abrazaran, para que nadie haga más daño en la creación santa de Dios, para que la esperanza llegue y la buena noticia de Dios se extienda en medio de un mundo necesitado de amor, perdón, comprensión, reconciliación y paz.

Reflexiones para la predicación

La cuaresma es un tiempo en el cual somos invitados a entrar en una etapa de desierto, dejando que el Espíritu de Dios nos lleve hacia una experiencia de profundización en nuestra vida cristiana, en nuestro compromiso con Jesús y con el reino que él vino a proclamar. Este mensaje nos llama al arrepentimiento y a la conversión de cada día, a una conversión permanente, porque siempre cometemos errores, equivocamos el camino, cedemos a las tentaciones, huimos de la responsabilidad, evitamos el compromiso, preferimos la comodidad y no el riesgo, preferimos la estabilidad y no la aventura, preferimos lo que ya conocemos y no las cosas nuevas que Dios nos quiere revelar.

En esta etapa de desierto, el Espíritu quiere llevarnos al mismo centro de la lucha contra el mal, contra el pecado, y tenemos que empezar por nosotros mismos, tenemos que luchar con nosotros mismos y preguntarnos: ¿en qué momentos de nuestra vida nos preocupamos más por el pan que por el alimento de la Palabra de Dios? ¿En qué momentos de nuestra vida utilizamos la Palabra de Dios de acuerdo a nuestra conveniencia y no dejamos que esa Palabra viva hable por sí misma, nos ilumine, nos oriente, nos transforme? ¿En qué momentos somos seducidos por la lógica del poder, del poseer, del sentirnos dueños de todo lo que vemos y no por la fuerza liberadora del amor, la humildad y la fidelidad?

En esta etapa de desierto también somos invitados a creer y confiar en la compañía de Dios. En la presencia y fortaleza de Dios aún cuando sintamos soledad y abandono. El Espíritu nos lleva al mismo centro de la lucha contra el mal, pero nos da las herramientas para resistir. Nos rodea de manos amigas que nos sostienen, que nos alimentan, que están atentas a nuestra necesidad, que nos dan una palmada en el hombro para seguir en el camino. Nos rodea de palabras de estímulo y esperanza, de personas que comparten nuestro mismo camino y nuestra misma causa.

El Señor lo ha prometido: “Yo estaré con ustedes todos los días y hasta el fin del mundo”. Estamos en nuestro desierto, en el espacio vital que ocupamos aquí y ahora, y nos rodean las señales del bien –los ángeles- que nos proponen una vida de servicio a los demás; también nos rodean las señales del mal –Satanás-, que nos proponen servirnos de los demás. La decisión es nuestra: ¿cuál de estos caminos seguiremos?

Por último, en esta etapa de desierto, Dios nos da señales que anticipan la manifestación plena de su reinado. En medio de este peregrinaje por la vida, en medio de nuestras luchas, Dios se revela y nos hace experimentar su justicia, su paz, su amor, su misericordia. En un mundo dividido hay gente que lucha por el acercamiento y la reconciliación. En una humanidad que destruye la naturaleza y saquea sus recursos, hay gente que reclama el derecho a la vida de todas las formas de la existencia, hay gente que cuida la Tierra porque se siente unida al resto de la creación como las ramas de un árbol están unidas a un mismo tronco. En un mundo violento, hay gente que propone soluciones pacíficas a los conflictos. En una sociedad egoísta, individualista, hay gente que sigue compartiendo y dándole valor a los afectos, a la solidaridad. En una cultura que promueve la competencia, hay gente que resiste y elige seguir caminando y seguir creciendo junto al más débil, al más indefenso, al más despreciado.

Estas son las señales del nuevo mundo, de la nueva humanidad; son las imágenes del nuevo cielo y la nueva tierra, son los anticipos de los tiempos mesiánicos de justicia y paz. La cuaresma es el tiempo donde somos invitados a la lucha en el desierto, confiando en la compañía de Dios y anunciando en gestos y palabras un nuevo modo de vivir y de convivir.